

Schafik Hándal

La lucha política electoral
DESDE UNA PERSPECTIVA REVOLUCIONARIA



La lucha política electoral
DESDE UNA PERSPECTIVA REVOLUCIONARIA

Schafik Hándal

Primera Edición, Ediciones Instituto Schafik Hándal,
San Salvador, 2007

Segunda Edición, Ediciones Instituto Schafik Hándal
San Salvador, 2015

Índice

Reflexiones sobre la lucha política electoral y los procesos revolucionarios.....	11
La vía de la lucha política electoral abre posibilidades para el avance de la izquierda....	21
El debate de la izquierda en América Latina.....	37

Presentación

En este folleto nuestros lectores y lectoras encontrarán tres textos donde Schafik Hándal expone su concepción revolucionaria de la lucha política electoral, en tres momentos posteriores a la firma de los Acuerdos de Paz que, el 16 enero de 1992, pusieron fin al conflicto armado entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el Estado salvadoreño.

El primer texto, *«Reflexiones sobre la lucha política electoral y los procesos revolucionarios»*, es la exposición realizada por Schafik, a inicios de, propio año 1992, en una asamblea del Partido Comunista de El Salvador, es decir, en el momento en que el FMLN iniciaba su transformación, de fuerza político militar en fuerza político electoral. A tono con esa metamorfosis, Schafik explica que en la combinación de formas de lucha revolucionaria siempre hay una forma de lucha dominante en torno a la cual se articulan las demás, y que en el caso de El Salvador, al igual que en otros países de América Latina y de otras regiones del mundo, había llegado el momento en que la lucha armada dejaba de ser la dominante y ese papel central pasaba a ocuparlo la lucha electoral, sin que ello implicase renunciar a la revolución socialista como objetivo estratégico.

El segundo texto, *«La vía de la lucha política electoral abre posibilidades para el avance de la izquierda»*, es la intervención de Schafik en el V Encuentro del Foro de São Paulo, una celebrado en Montevideo, Uruguay, en mayo de 1995, momento en que el debate de la izquierda latinoamericana se enfocaba en si la lucha electoral era una «vía válida» para la transformación revolucionaria de la sociedad o una «trampa del sistema capitalista» destinada a atrapar a la izquierda con representaciones parlamentarias, alcaldías y gobernaciones, y así llevarla a renunciar a sus objetivos históricos. Ya con la experiencia de un FMLN

que, en 1994, había participado en su primera contienda electoral, Schafik analizaba los problemas encontrados, los errores cometidos y las experiencias adquiridas al incursionar en un terreno de lucha hasta entonces vedado y desconocido para la izquierda, y de manera enfática afirmaba: «Nosotros tenemos que recorrer esta vía y debemos recorrerla bien».

Y el tercer texto, «*El debate de la izquierda en América Latina*», es la contribución de Schafik en el Seminario del Foro de São Paulo celebrado en Managua, Nicaragua, en julio de 2004, con motivo del vigésimo quinto aniversario del Triunfo de la Revolución Popular Sandinista. Tras haber cosechado las experiencias derivadas de su participación como candidato del FMLN en la elección presidencial salvadoreña de marzo de ese año, Schafik critica a las corrientes de la izquierda latinoamericana que se «mimetizan» hacia el centro político y se comprometen con un proyecto «viable», tolerado por el imperio y las derechas, para modernizar y «humanizar» al capitalismo, y afirma que las fuerzas revolucionarias sí pueden acceder al gobierno por la vía electoral, romper con el capitalismo neoliberal y avanzar hacia la «consumación de verdaderas revoluciones democráticas».

En el trigésimo quinto aniversario de la fundación del FMLN, vigésimo tercer año de la firma de los Acuerdos de Paz y vigésimo primer año del inicio de su participación en la lucha político electoral, y tras haber acumulado seis años de experiencia como fuerza de gobierno, durante los cinco años del mandato del presidente Mauricio Funes Cartagena (2009-2014) y el año y medio transcurrido del mandato del presidente Salvador Sánchez Cerén (2014-2019), los textos de Schafik contenidos en este folleto cobran inusitada y constituyen un insuperable punto de partida para el necesario debate y balance sobre la relación entre

la lucha política electoral y el proceso de construcción de la revolución democrática salvadoreña.

Instituto Schafik Hándal
San Salvador, agosto de 2015.

Reflexiones sobre la lucha política electoral y los procesos revolucionarios^{1*}

Vía de la revolución y el problema del poder

A la luz de la experiencia internacional y de la nuestra en especial, debemos renunciar a la idea de seguir contraponiendo la lucha armada y la lucha política, no solo porque aquella es la continuación de la lucha política por otros medios, sino porque las formas no armadas de la lucha política son también formas de la violencia revolucionaria, independientemente del grado de agudeza con que esta se ejerza.

De nuestra experiencia y de la experiencia de las revoluciones triunfantes en América Latina, se deduce que la vía de la revolución consiste en la aplicación simultánea de distintas formas de lucha y en su profunda e inteligente integración, partiendo del hecho objetivo de que una de ellas se transforma en principal durante un período más o menos largo y las otras en secundarias, pero que no se estancan, de modo que la que ha sido principal deja de serlo y las otras pasan a ser prioritarias y principales.

En el proceso de desarrollo de la lucha por la revolución, en el que se combinan de manera simultánea las distintas formas de lucha, hay que saber situar con acierto el peso de cada una de las formas de lucha. En nuestra experiencia, la lucha armada revolucionaria ha tenido un gran peso y no reconocerlo sería un grave error. Pero sería un error mayor rebajar y peor aún ignorar, el peso de las demás formas de lucha, partiendo de que la lucha armada es siempre la decisiva, pues ello perjudica las posibilidades de la revolución.

1 *Exposición de Schafik en una asamblea del Partido Comunista de El Salvador realizada a comienzos de 1992.

Durante un largo período del proceso de lucha por la revolución en nuestro país, la lucha armada y la lucha política se contrapusieron, en medio de un gran debate y una gran confrontación entre las fuerzas revolucionarias, debido a lo cual, sobre todo a lo largo de los años de guerra, las fuerzas contrarrevolucionarias recurrieron a la lucha electoral para fortalecer sus posiciones políticas y atraerse aliados.

La vida fue demostrando que ambas formas de lucha no solo eran compatibles, sino que era necesario combinarlas con acierto, pues de otro modo no era posible atraer a una serie de aliados democráticos cuyo interés político principal es la lucha electoral, interés que debíamos respetar y estimular, y sin lo cual no podríamos aislar a nuestros enemigos, dentro del ejército y del gobierno.

Ahora está claro para los revolucionarios que fue incorrecta aquella confrontación casi absoluta y total entre lucha armada y lucha electoral que predominó en aquel período de los años setenta. Del mismo modo que el Partido Comunista de El Salvador (PCS) no tenía razón cuando acusaba a las organizaciones que estaban en la lucha armada de izquierdismo, y de no comprender las necesidades de la lucha política –y aunque el mismo PCS no entendía las necesidades de la lucha armada–, estas otras organizaciones tampoco tenían la razón cuando acusaban al PCS de electorero y levantaban solo la lucha armada, sin comprender, en aquel momento histórico, que la lucha electoral aportó un gran volumen de combatientes a la lucha armada, una vez que esa lucha se agotó.

Al estudiar los errores políticos del FMLN a lo largo de la guerra, vemos que gran parte de ellos se cometieron y se hicieron evidentes a la hora de fijar posición sobre las elecciones. Esos fueron los momentos en que más confrontados y aislados hemos estado del resto de fuerzas políticas del país, y esos fueron los momentos mejor aprovechados políticamente por el enemigo en contra nuestra.

El problema de la vía de la revolución y el problema del poder debe ser sometido a un análisis profundo, apo-

yándonos sobre todo en nuestra propia experiencia, pero también en la experiencia ajena. Todo lo que tiene que ver con el tema del poder está en debate: hay quienes sostienen que hay que aspirar a una cuota de poder; hay quienes, influenciados por los acontecimientos de Europa del Este y en general por los cambios que se están operando a nivel mundial, sostienen la idea de que la lucha por el poder engendra confrontación, violencia y que esto no es conveniente.

No se trata solo de posiciones sostenidas por las fuerzas reaccionarias y contrarrevolucionarias en general, sino de planteamientos sostenidos también por las fuerzas democráticas e incluso defendidas en el seno de las fuerzas revolucionarias. Es necesario, por tanto, analizar esta problemática e ir al fondo, no basta con que sigamos repitiendo la verdad general de que el poder es el problema central de toda revolución. Esta tesis sigue siendo cierta; el asunto es cómo en las complejas condiciones actuales, en que la vía de la revolución integra lucha armada, lucha política, lucha social, concertación económica y social, negociación, en un momento en que debemos incorporar la lucha por la democracia, la justicia social, etc., cómo todo eso se relaciona con la lucha por la definición del problema del poder.

Además, cuando hablamos del problema del poder debemos precisar a qué nos estamos refiriendo, ya que resulta que en un mismo régimen político existen, por decirlo así, dos poderes: *un poder permanente*, formado por el ejército, la política, el sistema judicial, el aparato del Estado, es decir por la institucionalidad del Estado, que no está sujeta a elecciones periódicas, y *el poder temporal*, el cual si está sujeto a elecciones y a cambios periódicos, integrado por el poder ejecutivo, el legislativo, el poder municipal, etcétera.

Acuerdos de Paz y debilitamiento del poder

A diferencia de otras guerras revolucionarias conocidas –China, Cuba, Vietnam, Nicaragua– la peculiaridad de la nuestra es que, el desenlace de la dualidad de poder que ella creó, no tendrá la forma de derrota militar de una de las partes, como ocurrió en aquellas experiencias.

Ahora bien, ¿en qué sentido se expresa la esencia victoriosa del desenlace de la Guerra Popular Revolucionaria (GPR) sin que ello signifique al mismo tiempo la definición del problema del poder? O dicho de otro modo, ¿por qué la negociación constituye un desenlace victorioso sin definición de problema del poder?

Se expresa en el sentido de que la ejecución consecuen- te del conjunto de los acuerdos traerá un debilitamiento profundo de los pilares fundamentales del «poder permanente», comenzando por las reformas a la Constitución de la República y el conjunto de la reforma militar y sientan las bases para la reestructuración o creación de una nueva institucionalidad.

Lo singular de la situación consiste en que, de ejecutar- se los acuerdos de manera satisfactoria, la lucha revolu- cionaria habrá conquistado o avanzado en la consecución de una «proporción» significativa del programa de la re- volución democrática, sin haber resuelto previamente del todo el problema del poder a la manera clásica o tradicio- nal a la que estábamos acostumbrados.

Hemos iniciado el desmontaje, en lo fundamental, de los pilares e instituciones decisivos del modelo político de la vieja dictadura militar. La ejecución plena de los acuerdos abrirá la posibilidad real para profundizar en el desmontaje total de esos fundamentos y por tanto para la solución o definición del problema del poder.

Esta es la forma singular encontrada por la «revolución» para encarar el problema del poder, en correspondencia con el período que estamos viviendo.

Período abierto por los Acuerdos de Paz, el problema del poder y las elecciones

El período histórico que vive el país, abierto por los Acuerdos de Paz, es singular, tanto por la profundidad de los cambios que de ellos se derivan, como por el carácter revolucionario de los mismos y los agrupamientos de fuerzas que ellos generan y que continuarán produciendo.

El período de transición abierto hay que caracterizarlo a partir del hecho de que su curso de desarrollo más probable culminará con la definición del problema del poder, cuya solución se pondrá de nuevo históricamente a la «orden del día», no de manera tradicional, sino de manera muy peculiar.

Este período de probable desenlace del problema del poder, previsto para mediados de la década que recién se inicia, culminará con la aplicación consecuente de los acuerdos, con un amplio apoyo de cara a las elecciones de 1994. Este curso de desarrollo significaría un profundo debilitamiento de la dictadura, de manera que hacia 1994, en el marco de las elecciones generales de ese año, se crearían condiciones objetivas para la lucha por el poder, bajo una forma históricamente nueva.

¿Qué significaría en este período histórico resolver el problema central de la revolución? Significaría que el poder tiene que ser plural, de conformidad con la composición plural del bloque de fuerzas que hizo posible la negociación, que hará posible el cumplimiento cabal de los mismos y que se requerirá para resolver bien la contienda electoral de 1994.

Característica del período de transición es que la lucha política y social tenderá a tener preeminencia sobre la lucha armada en general. En consecuencia, está planteada la necesidad de un nuevo viraje de la lucha revolucionaria. Se trata de prepararse para una gran batalla política nacional, muy compleja, que requerirá mucha rigurosidad en el análisis y mucha precisión a la hora de identificar en cada momento al enemigo más peligroso –el que en principio

consistiría o estaría constituido por el agrupamiento de fuerzas opuestas a la aplicación consecuente de los acuerdos y a la continuación de las transformaciones derivadas de los mismos.

La lucha política electoral pasa así a tener un peso decisivo desde ya en la solución del problema del poder, en particular, del poder temporal pero en función de consolidar y profundizar el poder permanente, es decir, en función de la defensa, consolidación y profundización de las transformaciones estructurales ya iniciadas tanto en el sistema político e institucional, como en el aparato económico del país. Dicho de otra manera, en las elecciones generales de 1994 se pondrá en juego el destino de la Revolución Democrática Nacional.

El potencial revolucionario de las elecciones

Aunque la política electoral sigue siendo parte consustancial del esquema político de centro de los gobernantes norteamericanos como medio para enfrentar la amenaza de la revolución, no debemos desconocer el potencial que ellas encierran para el proceso de lucha por la revolución, en tanto nos encontramos en un claro momento de inicio de un nuevo ascenso de la lucha del movimiento social, estimulado por el nuevo escenario político creado por los Acuerdos de Paz y por el agravamiento de las condiciones de vida de las mayorías populares. De mantenerse este curso de desarrollo, es probable que el momento de ascenso máximo de la lucha social contra el actual régimen coincida con el momento de la realización de las elecciones generales de 1994.

De ahí que el proceso de lucha electoral debe ser transformado por el FMLN en un poderoso factor movilizador popular capaz de impactar y ofrecer al pueblo la posibilidad no tenida hasta ahora de desplegar una acción política nacional victoriosa. Esas elecciones deben atraer a la masa electoral a las urnas sobre la base de que ellas le presentarán por primera vez al pueblo la posibilidad real de una

victoria de los intereses populares y nacionales. Esas elecciones deben ser desde ya motivo de confianza de victoria popular.

La experiencia exitosa del PCS en aquellos días de lucha electoral (1967-1977) y las nuevas condiciones abiertas por los Acuerdos de Paz, son fundamentos sólidos a favor de esa posibilidad.

Aparte de su claro potencial movilizador, la trascendencia de las elecciones a celebrarse en 1994 está relacionado con que en ellas se pondrán en juego todos los componentes del **poder temporal**, con el hecho que se darán en el escenario nuevo surgido de la negociación, con la izquierda revolucionaria luchando en condiciones de legalidad por primera vez en la historia política de nuestro país—excluyendo la fugaz experiencia de enero de 1932 en que el PCS recién nacido participó en aquellas elecciones para alcaldes y que se transformaron en chispa de la revolución que fue derrotada—; esas elecciones se realizarán en una situación en que los pilares de la dictadura y la militarización estarán desmontados (PH, GN, PN, Defensas Civiles, Patrullas Territoriales y FAES supeditada al poder-civil)² que en el pasado fueron utilizados por la dictadura para perpetuar su modelo político de tradición electoral. De esas elecciones habrán de surgir por primera vez en el país autoridades civiles que verdaderamente decidan y manden sobre los problemas fundamentales del país.

Elecciones de 1994 y política norteamericana

Desde ya existe la interrogante acerca de si los gobernantes de los Estados Unidos estarían dispuestos a aceptar una victoria electoral obtenida por un bloque de fuerzas que incluya al FMLN. Por la experiencia chilena de la Unidad Popular, en los años 1970-1973, y la más reciente de

2 Las instituciones a las que el autor hace referencia mediante sus respectivas siglas son: Policía de Hacienda (PH), Guardia Nacional (GN), Policía Nacional (PN) y Fuerza Armada de El Salvador (FAES). [N. del E., edición 2015].

Haití, en septiembre de 1991,³ en las que la mano norteamericana tuvo que ver en el derrocamiento de los gobiernos surgidos de elecciones constitucionales y sobre todo populares y por el silencio guardado frente a esa posibilidad en nuestro país, se dice que Estados Unidos no aceptaría esa eventualidad.⁴

El gobierno de los Estados Unidos sigue apostando a su esquema de centro, según el cual la izquierda revolucionaria, en este caso del FMLN, debe ser uno de los «adornos» políticos en el extremo izquierdo de ese esquema, que junto al otro adorno, el del extremo derecho del esquema, se necesitan para que el centro funcione como una especie de abanico oscilando desde el centro derecha a la centro izquierda y al revés.⁵ En otras palabras, los norteamericanos apuestan a que de las elecciones el FMLN surja derrotado y debilitado de manera que no le quede opción más que el de convertirse en uno de aquellos adornos sin posibilidad alguna de influir para nada en las decisiones sobre las cuestiones importantes de la vida nacional.

El FMLN tiene ante sí el reto de derrotar ese esquema estratégico de los norteamericanos. Caeríamos en esta trampa si el FMLN actuara con ceguera política y permitiera que los yanquis nos aislaran del resto de fuerzas políticas del país y nos colocaran en la situación de ir solos a las

3 Schafik se refiere al golpe militar del gobierno estadounidense en contra del gobierno de Jean Bertrand Aristide, que había ganado en febrero de 1991 bajo la bandera de la coalición de fuerzas de LAVALAS o Avalancha. Aristide volvió al gobierno en octubre de 1994.

4 Esta hipótesis formulada por Schafik, se confirmó en las elecciones presidenciales de marzo de 2004, cuando el gobierno de Bush intervino políticamente para impedir la posible victoria electoral del FMLN en las elecciones presidenciales con Schafik como candidato presidencial.

5 Según ese esquema de centro, el grupo de fuerzas políticas de centro derecha y otro grupo de partidos del centro izquierda, se alternarían en el gobierno durante un largo período de más de cincuenta años, y los «extremos» al lado izquierdo y derecho actuarían como verdaderos adornos «bonsái» sin constituirse en amenaza política alguna a las fuerzas o bloques de centro.

elecciones, al servicio de lo cual pondrán todo su arsenal de picardías, astucias, argucias y recursos a que pueden acudir.

El FMLN desde ya tiene que mostrarle a los norteamericanos que esa idea estratégica suya no tiene futuro y que contrariamente el FMLN constituye una fuerza política a tener en cuenta para la estabilidad, la democracia y el desarrollo en el país. Aun en el caso hipotético en que el bloque electoral de fuerzas del cual el FMLN formara parte no llegara a triunfar, nosotros debemos asegurar surgir de las elecciones con el peso político y social suficiente para que se nos tenga en cuenta.⁶

En este sentido, a las elecciones debemos verlas como un medio para acceder al poder temporal o a partes del mismo, y desde ahí avanzar en la profundización de los cambios institucionales y estructurales en general. Sin embargo, la lucha política del FMLN no se reducirá a la pura lucha parlamentaria y electoral, sino que el FMLN se pondrá a la cabeza y promoverá la lucha permanente del pueblo en defensa de sus intereses y del fortalecimiento de la democracia política y social participativa. La lucha electoral, además debe desarrollarse en función de la ampliación de la organización social y afianzamiento del protagonismo de la sociedad civil, de manera que el ejercicio del poder no se reduzca a puros actos de gobierno.

6 Esto fue lo que efectivamente ocurrió en las elecciones generales de marzo de 1994.

La vía de la lucha política electoral abre posibilidades para el avance de la izquierda^{7*}

De la experiencia de todos los movimientos de izquierda en el mundo, y en particular en América Latina, tenemos que sacar una conclusión global: no somos buenos para los procesos electorales.⁸ No nos adaptamos a esa forma de lucha. Algunos partidos o movimientos de izquierda hemos llegado a dominar la lucha armada. Por ejemplo, nosotros en esto hemos hecho progresos muy grandes.

Pero en la lucha electoral no. La derecha tiene bastante más dominio y también más instrumentos que nosotros. Tiene una versatilidad muy fuerte, no solo en el terreno de la propaganda, sino desde el aparato del Estado y con el empresariado, que es quien cada vez más, por lo menos en El Salvador, se incorpora orgánicamente a la derecha.

No es una tarea fácil. En El Salvador, era más fácil la guerra. El Partido Comunista, antes de la fundación del FMLN, ganó sucesivas campañas electorales. Pero la derecha simplemente no reconocía esas victorias de la izquierda y terminaban en matanzas. Ganamos dos elecciones presidenciales y simplemente no lo reconocieron. Es decir, que el instrumento Estado, el instrumento poder, se usaba también según la capacidad de la derecha. Llegar a permean todo ese sistema, requiere bastante pericia, tiempo y recursos.

7 *Exposición de Schafik Hándal en el V Encuentro del Foro de São Paulo, realizado entre los días 25 y 28 de mayo de 1995, en Montevideo, Uruguay. En el Foro se instaló una mesa para debatir inquietudes acerca de las posibilidades objetivas de la izquierda para el acceso al gobierno y al poder.

8 Schafik se refiere al momento o período en que se encuentra, a mitad de los años noventa, el proceso de lucha electoral en América Latina y El Caribe.

Hay coyunturas en las que se congregan muchos factores, entre ellos la división dentro de la misma derecha. Eso abre espacios que deben aprovecharse. Pero no es lo que ocurre normalmente.

Tenemos que asumir la necesidad de hacer un gran esfuerzo para dominar esta forma de lucha a partir de nuestra actuación en otras condiciones, reconociendo cuáles son los instrumentos y cómo los utiliza la derecha, y potenciando lo nuestro. Pero eso exige cooperación de los que somos parte de ese esfuerzo en el continente.

En nuestro caso se conjugaron varios factores y no para que perdiéramos las elecciones. Es cierto que en un momento llegó a tenerse la expectativa de que pudiéramos ganar, pero eso en un trasfondo de convicción de que realmente, no estábamos ante la posibilidad de ganar las elecciones. Voy a dar una prueba: cuando al interior del FMLN discutimos cómo distribuirnos entre los cinco partidos las diputaciones que probablemente podíamos obtener, el cálculo que hicimos fue sobre la base de 17 diputados de 84. Ganamos 21. Es decir que obtuvimos mejores resultados que los esperados por nosotros. Pero en ningún momento presupuestamos que íbamos a ganar. Propagandísticamente se habló de eso, y sobre todo al comienzo de la campaña llegamos a tener expectativas de ese tipo. Según una de las leyes de la propaganda electoral, no se puede asumir que vas a perder: tienes que decir que vas a ganar. En nuestro caso se conjugaron varios factores para el resultado.

El primero: la inexperiencia

El único de los cinco partidos que tenía alguna experiencia electoral de un período anterior, con una década de por medio, era el Partido Comunista de El Salvador (PCS). Pero en aquel tiempo, el aparato de la derecha en el poder, de los militares, era mucho menos sofisticado.

Ellos tenían una fuerza paramilitar en todo el país que, de entrada, les aportaba unos 400,000 votos como mínimo –El Salvador es un país pequeño–, más con la propaganda

que hacían, ya ganaban. Ese era el aparato del así llamado Servicio Territorial del Ejército, surgido después de la insurrección de 1932. Se trataba de las patrullas militares que funcionaban en todos los cantones, aparato que llegó a tener más de 150,000 efectivos en este paísito. La cúpula militar que estuvo en el gobierno durante 60 años, decidía quien iba a ser el candidato. Ellos no necesitaban sofisticarse mucho. Esa fue la situación que nosotros vencimos dos veces en los años setenta (1972 y 1977), lo que llevó a una crisis profunda de ese sistema de dominación y precipitó al país a la guerra.

Pero nuestra experiencia, adquirida en aquel tiempo, ya no servía en esta otra situación. Vivíamos en el país nacido de los Acuerdos de Paz, que habían hecho desaparecer el sistema paramilitar, sistema que en parte logramos golpear durante la guerra hasta reclutar a algunos de ellos.

Nosotros salimos de la guerra con muy poca experiencia en el terreno electoral y con un cuerpo del partido recién formado. Después de los Acuerdos de Paz, y en medio de la lucha por el cumplimiento de los acuerdos, iniciamos el proceso de reconversión de las estructuras para la guerra en estructuras de partido, lo cual absorbió a una gran cantidad de nuestros cuadros. Tuvimos que organizar al partido para la lucha general. Teníamos partidos político-militares; no teníamos partidos para la lucha legal. Estructural y orgánicamente son cosas distintas y la forma de relacionarse con la población también es distinta. Sin embargo, a pesar de nuestra inexperiencia formamos el partido con bastante éxito, porque logramos organizarlo en más de 240 municipios, de un total de 262 en el país.

Otro factor fue el peso del derrumbe del socialismo europeo que impactó en nuestro pensamiento

La derecha, en su publicidad, ponía el tema del derrumbe del socialismo. Hizo un enorme esfuerzo en la organización de foros, seminarios, a los que nos invitaba, absor-

biéndonos permanentemente en esas actividades. Nosotros queríamos participar en todas las actividades de esa sociedad que desconocíamos y discutíamos esa temática en la TV y en la radio. Al interior del FMLN, el debate de ese tema abrió una grieta que terminó seccionándolo y nos causó un daño grande.

Para poner un ejemplo, Radio Venceremos,⁹ que había sido la radio oficial del FMLN durante la guerra, y que había tenido una gran audiencia, se legaliza y decide cambiar su perfil argumentando que tenía que dar una contribución a la reconciliación: ¡esa era la bandera! Se programaba música e invitaciones a políticos de la derecha para participar en programas de la radio. Durante la campaña se transmitían los mítines de ARENA¹⁰ que duraban hasta tres horas; y se negaban a transmitir los nuestros para que no se siguiera percibiendo como una radio radical, porque según el equipo de la Radio Venceremos y la dirección del ERP,¹¹ que era la más cercana a la radio, la gente ya no quería radicalismo. Eso nos causó un gran problema con la base social que durante la guerra nos estuvo apoyando.

Otro elemento: la táctica que aplicó el partido ARENA

ARENA, excepto en los últimos momentos y en la segunda vuelta, tenía una campaña de altura en la TV con planteamientos serios de temas programáticos, sin profundizar en los temas pero sí en sus lemas: su lema era «cambiar para mejorar». Mejorar era el hilo conductor de toda su campaña, acompañada de una gran publicidad de todos los ministerios, legitimando su derecho a rendirle cuentas a la población de lo que habían hecho. Era una campaña de saturación, dando cuenta de cada cosita realizada durante

9 Si se quería saber la verdad había que oír esa radio.

10 Alianza Republicana Nacionalista, partido de ultraderecha fundado en la década de 1980 como brazo político y paramilitar de la oligarquía en respuesta a la guerra revolucionaria emprendida por el FMLN.

11 Ejército Revolucionario del Pueblo, cuyo máximo dirigente era Joaquín Villalobos. [N. del E., edición 2015].

el gobierno de Cristiani, contabilizándolo todo, y siempre con el lema de seguir mejorando. Una cosa abrumadora.

Por un lado en las radios, que ahora son más escuchadas localmente, en los mítines y en la campaña de calle con altoparlantes usaban una táctica de atemorizar, que consistía en mantener y repetir constantemente el himno de ARENA, que dice que «El Salvador será la tumba de los rojos». Todo esto se hacía después de firmada la paz, obviando que entre los acuerdos se establecía la prohibición de este tipo de mensajes y la obligación de hacer propaganda –no solo electoral– que contribuyera a la reunificación de la familia.

Por otro lado se hacían discursos, en un tono del cual la gente debía sacar fácilmente la conclusión de que si nosotros ganábamos, de todos modos no nos iban a dejar gobernar y vendría de nuevo la guerra.

Si se tiene en cuenta que acabábamos de salir de la guerra y que la guerra misma se precipitó porque después de ganar las elecciones en varias ocasiones no nos dejaron gobernar, con ello inducían a que la gente, especialmente del campo y de las zonas conflictivas, que abarcaron una gran parte del país, sacara la siguiente conclusión: «Bueno, preferimos la paz. Si gana el FMLN, no va a poder gobernar, y va a venir la guerra otra vez».

Mientras tanto, en nuestra campaña no se usaba un lenguaje de denuncia de toda esa campaña de ARENA, ni se explicaban los orígenes de la guerra que habíamos hecho. Entonces nosotros éramos los «terroristas», los «asesinos», los «destructores»; y ellos los que habían conseguido la paz planteando al revés todo lo que había ocurrido. Asumían la bandera de la paz y deslegitimaban la guerra.

Por otra parte nosotros no defendíamos nuestra lucha, ni reafirmábamos su validez ante la gente. ¿Por qué razón? Porque aunque estábamos en alianza con sectores que durante la guerra participaron sin tomar las armas, estos se opusieron a que hiciéramos un discurso de defensa de nuestra lucha, debido a que llegaron a la conclusión de que había que desligarse de la guerra que habíamos hecho,

que había que dejarla atrás y clausurar ese tema, pues eso nos hacía daño y se le hacía el juego a ARENA. Por lo tanto nuestra campaña era muy débil.

Además de la influencia de los factores anteriores hubo problemas debido a que el planteamiento programático de ARENA, aunque con contenido distinto al nuestro, tenía un lenguaje muy parecido. De manera que la gente no podía distinguir realmente la diferencia entre los planteamientos programáticos de ARENA y el FMLN. En las encuestas eso era muy evidente, nadie sabía nada.

**Uno de los factores que influyó bastante,
y que tiene que ver con los anteriores,
fue el conflicto interno del FMLN**

El conflicto interno del FMLN incidió bastante en la campaña electoral. Por ejemplo, mi candidatura a la Alcaldía de San Salvador surgió por propuesta de los compañeros del ERP, con una argumentación fuerte, que fue lo que a mí me llevó a aceptarla. Habían comenzado los asesinatos de compañeros nuestros, a finales de 1993, y la alianza que hicimos había colocado las candidaturas principales en manos de personas que no eran del FMLN. Entonces, en la base de todos los partidos del FMLN, había un reclamo: Y nosotros ¿qué? ¿Quién nos representa en todo esto?

Al mismo tiempo, frente a los asesinatos, nosotros le decíamos a las bases: «La respuesta que vamos a dar es una respuesta política». Y la base decía: «Sí, bueno, respuesta política: ¿pero cómo es que, al mismo tiempo, no hay alguien nuestro ahí, ni en una candidatura?» Entonces, en ese contexto, por un reclamo de la base, en un momento en el que nos habían asesinado compañeros, y era probable que lo siguieran haciendo –y la gente quería responder–, atendiendo a la argumentación de la necesidad de que alguien muy comprometido asumiera el único cargo que quedaba, el de la Alcaldía de San Salvador, se

propone a última hora mi candidatura, y yo la acepto en estas circunstancias.

Pero, ¿qué pasó en la práctica? No todos se comprometieron en la campaña. Ese conflicto interno nos acarreó dificultades de imagen.

La derecha supo manejar muy bien el argumento de «¿Y esos son los que van a gobernar el país? ¿Se puede confiar en ellos para que gobiernen el país?» Y todos los medios de comunicación que la derecha manejaba, con muy pocas excepciones, se concentraron en exacerbar estas contradicciones y pusieron a la orden del día el tema de la gobernabilidad.

La gobernabilidad no era solo si el FMLN podía gobernar o no, era el tema en toda su amplitud. Se hacían seminarios, que se publicitaban, en los que se hablaba de la gobernabilidad. Frente a ese tema, también había otras divergencias. Había que plegarse a los conceptos de gobernabilidad, a tal punto que había que mostrarse como totalmente partidarios del sistema. Entre nosotros decir que alguno era «antisistema» llegó a ser un concepto acusatorio. Y todo eso salía a la luz. Todo el conflicto interno estuvo marcado por el tema de la gobernabilidad.

En el fragor de la campaña hubo un cierto remanso del conflicto interno cuando, a pesar de todo eso, el gran aparato y organización que teníamos en todo el país comenzó a dar sus frutos, y empezaron a haber movilizaciones inmensas.

Ese es uno de los espejismos de la izquierda en todas partes: «Si llenas la plaza tal, entonces vas a ganar». Este espejismo realmente llegó a crear en ese momento la expectativa de que podíamos ganar. Pero eso duró poco, y además era un espejismo. Lo que nosotros estábamos mostrando en la práctica era una mayor capacidad organizativa para movilizar: eso era todo. No era que tuviéramos mayor número de votos.

Otro elemento influyente es el sistema electoral fraudulento

A pesar de algunas reformas que pudimos hacer en el sistema electoral durante y después de la negociación, en lo fundamental siguió siendo lo mismo. Nosotros no dominábamos esto a fondo. Por ello no pudimos hacer las reformas donde debían hacerse. Este tema lo hemos venido a dominar después de esta experiencia. Ahora está entablada la lucha por la reforma profunda del sistema electoral. Aun cuando no se consigue el objetivo, esta lucha de todos modos ha puesto al descubierto los problemas principales del sistema electoral, los recursos del fraude y otros.

Antes, nosotros no conocíamos todo eso, a tal extremo que solo en diciembre de 1993, poco antes de las elecciones, recién vinimos a entender que el Tribunal Supremo Electoral no es un tribunal real, porque tres de los cinco magistrados son delegados de los partidos mayoritarios, es decir que no es tribunal, sino juez y parte. En el lenguaje del tribunal se hablaba del sistema de «claves». Nosotros ingenuamente creíamos que cuando hablaban del sistema de claves se referían al centro de cómputos. No era eso, era un eufemismo para referirse a otra cosa: al reparto del personal entre los tres partidos, según porcentajes negociados entre ellos. Entonces, el sistema de claves es el sistema de reparto del personal que se pone en función de su partido. Y ese sistema se puso en función de derrotar al FMLN, porque al FMLN se le veía como el enemigo de esta situación. Entonces el entendimiento entre esos tres partidos consistía en no permitir que el FMLN tuviera un peso grande.

En el enfoque programático, hay un planteamiento que nos causó bastante daño; y la población del campo le dio veracidad a una parte de los argumentos de la derecha. A comienzos de la guerra, en los años ochenta, el gobierno militar demócrata-cristiano, atendiendo el consejo de estrategia contrainsurgente de los norteamericanos, hizo

una reforma agraria. El propósito de esta reforma era separar del FMLN a las masas del campo, que tenían un valor militar muy alto porque la guerra era fundamentalmente en el campo. Entonces provocan esa separación. Hacen la reforma agraria, la ejecuta el ejército, ocupan grandes propiedades, las usurpan y se las entregan a los campesinos. Después viene un proceso de depuración de los campesinos y de persecución de los que eran sospechosos de estar relacionados con nosotros.

Nosotros, frente a eso, empleamos una táctica y les planteamos a los campesinos: «Tomen la tierra, acepten que les den apoyo técnico, capacitación y demás. Esto es resultado de muchos años de lucha en nuestro país y es una maniobra para enfrentarlos a ustedes con nosotros».

Desde el punto de vista contrainsurgente aquello fracasó y abandonaron esa política. Luego, de parte de la derecha, vino la lucha contra las cooperativas. Una vez que llegó ARENA al gobierno empezó el esfuerzo por desmontar aquella reforma agraria que, efectivamente, había hecho un traspaso importante de las mejores de tierras del país.

Nosotros entramos a la defensa de las cooperativas. Pero esa reforma tenía un problema: no satisfacía la demanda de tierra de decenas de miles de familias que querían, como es lógico en el pensamiento campesino, poseer la tierra en parcela. Y como las cooperativas fueron bloqueadas con el crédito por toda una política, buscando su destrucción, entonces tampoco podían cultivar toda la tierra.

Una cooperativa, por ejemplo, con 5 mil manzanas apenas trabaja 300 o 400, y no puede cultivar más. No tiene recursos, está bloqueada. Alrededor de la cooperativa hay miles de campesinos sin tierra, que la quieren tener, y ven el espectáculo de los campos baldíos que no son usados por la cooperativa. Entonces, en el gobierno de Cristiani, alguien levantó la bandera de la pequeña propiedad, para destrozarse a las cooperativas; y sobre todo para destrozarse al movimiento campesino que se hizo fuerte con el surgimiento de las cooperativas.

Y las cooperativas seguían sin cultivar sus tierras, y sin dar respuesta a las demandas de tierra de los campesinos. Entonces se abrió una brecha en el campo: un enfrentamiento entre los cooperativistas, los parceleros y los campesinos pobres. Pero frente a ellos, ARENA aparece como el partido de la propiedad. Y los cooperativistas, que son la gente del FMLN, aparecen como la gente de la antiparcela, el partido del colectivismo absoluto. Entonces por ahí ARENA coló en la campaña electoral que nosotros estábamos en esta posición porque queríamos quitarles las tierras a los campesinos, junto con sus casas, sus vacas y demás.

Al principio uno dice: ¿cómo es que los campesinos pueden creer eso? No era por tontos. Ese conflicto tenía una base, y a nosotros nos costó entender eso. Entonces, una parte de la campaña de ARENA iba por ese lado. Por eso, la votación en el campo, para nosotros, fue mucho menor que en la ciudad. Aunque al principio se creía otra cosa debido a que nosotros habíamos hecho la guerra en el campo, y durante la guerra teníamos una excelente relación con ellos. Pero, en aquella época, todo esto no estaba en debate.

Luego, otro factor: nuestra debilidad en el tema económico

La derecha aparecía como la gente moderna, que habla de la economía, que aparenta saber cómo resolverlo todo y que aunque la gente no entiende del todo lo que están diciendo supone que aquella cosa difícil de entender es una sabiduría y una profundidad grande. Pero nosotros no dominábamos ese tema. Ahora hemos empezado a hacerlo, por eso insistimos en concentrarnos en eso. Realmente estamos mejorando. Hemos podido empezar a entablar la polémica con la derecha, y no nos va mal en ese terreno.

En este momento, tenemos al gobierno aislado, arrinconado con sus planes económicos. No han podido pasar adelante con el plan. Y fuimos nosotros los primeros que

salimos a la palestra. Claro que esto se junta con los intereses de una gran cantidad de sectores, incluyendo la mayor parte de los empresarios, que en esta segunda fase del plan neoliberal son los que saldrían perdiendo con la desgravación arancelaria brutal que la derecha quiere imponer. Quedarían a merced de una pelea entre tigres sueltos y burros amarrados. Y ellos se dan cuenta de eso.

Les presentan el caramelo diciendo que todo eso se hace para que puedan ser competitivos en el mercado exterior, pero ellos saben muy bien que no alcanzarían ni a sacar la nariz más allá de la frontera, porque el tigre se les mete en casa. Y ahí pierden la pelea, internamente, en casa, sin salir a disputar el mercado mundial. Nosotros fuimos los primeros en salir con esa posición. En ese momento nosotros no dábamos mucho pie en bola con el tema económico. Nos pronunciábamos contra el neoliberalismo, pero eran consignas, que olían más a pura cuestión ideológica que a conocimiento del tema. Esa es otra debilidad. Y formaba parte de lo de la gobernabilidad también, porque no generábamos confianza.

**Otro factor: el movimiento sindical,
especialmente del sector privado de la economía**

El movimiento sindical estaba muy debilitado. Era casi inexistente como resultado del exterminio de cuadros durante la guerra y de la emigración de una cantidad de dirigentes sindicales. Hay que tener en cuenta que en los Estados Unidos, Canadá y México suman alrededor de un millón y medio de salvadoreños emigrados hacia esos países. En El Salvador estamos en cinco millones y medio, más un millón y medio que están en otros países. Hasta en Australia vive gran cantidad de salvadoreños. Es decir, tenemos una gran emigración. Entre ellos, hay mucha gente que fueron cuadros sindicales o elementos intermedios de los sindicatos.

Los sindicatos quedaron completamente barridos. Aparte de los que mataron y de los que desaparecieron, hubo

quienes quedaron a merced de políticas represivas, como una constante aplicada por las empresas. Además, acudieron a otras políticas astutas, como por ejemplo el empleo en muchas grandes empresas de los recursos del solidarismo, lo que se daba en una escala muy baja, pero suficiente para comprometer a esa gente, que estaba influida por un gran temor. Muchos empresarios fueron a cursos en el exterior para desarrollar y aplicar estas políticas. Bueno, esa era la zanahoria.

Ahora viene el garrote: el desarrollo de las zonas francas y las maquilas en gran escala en El Salvador, así como en otros países de Centroamérica y del Caribe. Ellas se constituyeron en uno de los principales paquetes de empleo en el país, pero ahí hay franca y directa represión, especialmente por los surcoreanos y los taiwaneses.

Llegado el día de las elecciones, los dueños de las maquilas reunían al personal de todas estas empresas y les decían: «Si gana el FMLN cerramos la empresa». Y como es zona franca, eso es fácil, pueden «volar» rápidamente y abandonar el país. «Cerramos la empresa, sin indemnizaciones ni nada, así que ustedes vean». Y todos estos recursos se pusieron en marcha.

Luego, las causas de índole interna

El FMLN es un partido de partidos, hasta este momento. No digo «frente», que es una figura más conocida: digo «partido de partidos», porque después de la guerra, después de la firma de los Acuerdos de Paz, nos constituimos en un partido legal, en su estructura queríamos meter a nuestros cinco partidos. El resultado fue una tremenda repetición de estructuras con una precaria democracia interna. Como legalmente somos un solo partido y debemos justificar, de acuerdo a los estatutos, que los candidatos han sido elegidos en estas convenciones y asambleas, entonces, antes de la asamblea, la composición de las estructuras se resolvía mediante el reparto de cuotas. Y luego, la asamblea era

como una obra de teatro, donde ya estaba todo cocinado y la gente llegaba solo a levantar la mano.

Claro, eso chocó fuertemente con los sentimientos de la base o afiliados y militantes del partido, que querían ejercer su derecho a escoger y votar. Si hubiéramos seguido como Frente con sus cinco partidos, tal vez su funcionamiento hubiera sido más fácil, porque que cada partido, con sus medios democráticos internos, hacía la selección de candidatos y luego conforme a un pacto entre los partidos se integraban en una sola planilla los candidatos. Pero ahora que estamos en un partido de cinco partidos, entonces para las elecciones de 1994 resultó muy complicado de compatibilizar y eso nos generó bastante desgaste. Esa es la razón de por qué en muchos lugares no hubo entusiasmo de todos por luchar por los candidatos. Se luchaba parcialmente...

Hay un listado de factores que se conjugaron. Sin embargo, no puede decirse que los resultados fueran malos. Nosotros salimos, de todos modos, como la segunda fuerza política del país, dejamos atrás a la Democracia Cristiana –que tenía un gran historial– y quedamos como la primera fuerza de oposición.

Pero la distancia de la votación entre la coalición del FMLN con otras fuerzas políticas y ARENA fue mucho mayor de lo que debía ser. El aumento de esa distancia es, en 80%, como consecuencia de un manejo fraudulento del aparato electoral. Realmente nosotros no podíamos ganar, pero la diferencia no podía ser tan grande. De todos modos, en ese contexto nosotros no vemos malos los resultados: sacamos 21 diputados del total de 84.

No fue lo mismo el desempeño en el caso de los concejos municipales y alcaldes, porque ahí las reglas son distintas. Ahí no hay representación proporcional. Una de las luchas del sistema electoral es establecer la representación proporcional en los concejos municipales. Ahí basta con que gane la votación uno de los partidos con una mayoría relativa, y con una distancia de uno o dos votos para llevarse todo.

Las elecciones como vía para alcanzar el poder y con capacidad para gobernar

Ante la pregunta de *si por vía electoral es posible que alcancemos el poder y si podríamos gobernar haciendo realidad el programa de la revolución democrática*, yo no planteo un llamamiento a no participar en las elecciones. Ahora, ¿qué respuesta podemos darle a esto? Yo lo formularía de esta manera: nosotros tenemos que recorrer esta vía y debemos recorrerla bien. Hay que llegar a dominar todo lo que tiene que ver con esta forma de lucha y dominarla profundamente.

Otra cosa que tenemos que enfrentar es qué hacer en los períodos no electorales. Porque en estos períodos prácticamente domina una especie de ley de la lucha social. En los partidos la organización tiende a aflojarse y a dispersarse. Entonces, ¿qué es lo que debemos hacer? Hay experiencias como la del PT,¹² pero nosotros en el FMLN también estamos buscando respuestas.

No basta con hacer discursos para mostrar una imagen de partido en permanente acción. Todo eso está bien, pero tiene que tener una expresión práctica concreta. Tenemos que ser un partido de acción social, vinculado y sumergido, no solo en los sindicatos, sino en todo el movimiento social, dedicando una gran parte de nuestras fuerzas también a su expansión y organización. Debemos resolver bien este problema como si se tratara una bisagra, de manera que al acercarse el momento electoral sepamos bien como orientar la lucha en esa dirección y emplear todas nuestras fuerzas en la búsqueda de la victoria política en ese terreno.

Al mismo tiempo, la conducción real del rumbo de la sociedad está siendo afianzada a nivel macroglobal. Entonces, tanto en los países, como en la relación de los mismos con el imperio, este ha «soltado» más libertad en la lucha electoral, para prestigiarse afirmando que está a favor de

12 Se refiere al Partido de los Trabajadores de Brasil, fundado en 1980. [N. del E., edición 2014].

elecciones limpias, que den origen a regímenes pluralistas, demostrando que le da la espalda al militarismo. Al imperio y la derecha de distintos países se les presenta ese «chance» y esto es lo que están haciendo.

Ahora bien, para la izquierda es muy importante mantener la identidad. Si como táctica electoral tratamos de parecernos a la contraparte, es decir a la derecha en el poder, entonces la conclusión de la gente es muy sencilla: «¿Por qué voy a votar por este, que hoy empieza a mantener esta posición, cuando los que saben de eso son estos otros?» Entonces, siempre y en todas partes, eso ha sido una ley social, siempre ha ocurrido ante esa pérdida de identidad. Ese mimetismo ha sido buscado como una táctica electoral, y realmente ha dado muy malos resultados.

Eso no quiere decir que lo que yo esté diciendo sea mantener el radicalismo que no se justifica científicamente, que no tiene validez porque no la tiene por sí misma y no porque estemos en campaña electoral, ni porque forme parte de la táctica electoral. Nosotros podemos modernizar nuestra política en el sentido de hacerla más verdadera, más sólida, más sostenible; y no solo más creíble, sino más verdadera.

Si vamos a incluir cambios en nuestro discurso es porque hemos modificado y mejorado nuestras tesis programáticas, y nos hemos deshecho de algunas, no solo porque sean inconvenientes en una campaña electoral, sino porque no son correctas y no se justifican en sí mismas. Entonces podemos tener un discurso distinto. Yo estoy a favor de este otro. Si vamos todos a favor de la renovación, posiblemente estaremos todos hablando de lo mismo.

Yo entiendo por renovación hacer nuestra política, en la que asiente nuestra teoría hacerla más genuina, más verdadera, más correspondiente con las realidades y posibilidades de resolver los problemas de la realidad. Pero no porque sea conveniente mimetizarse. Cada vez que uno se mimetiza, pierde.

Eso es como una ley social: la izquierda no puede mimetizarse exitosamente. Y choca con el postulado de trans-

parencia y de ética, que son dos grandes banderas, que no las puede asumir la otra parte; esas solo son nuestras. Pero nosotros debemos ser transparentes y también debemos tener éxito. Eso exige perseguir algunos casos dentro de nuestras propias filas –hay que darse cuenta de eso– y hacer cosas ejemplificadoras. Porque uno de los derivados de la batalla electoral es que desmoraliza, no en el sentido de que se pierda la combatividad, sino como fuente de descomposición y de cierta corrupción.

Nosotros tenemos que tener una posición clara sobre eso. Si queremos mantener la ventaja que nos proporcionan las banderas de la transparencia y la base ética de nuestra actividad política, tenemos que ejercerlas y ejercitarlas. Porque esas dos sí son banderas que hacen una diferencia neta respecto a la derecha y es muy difícil que nos las puedan arrebatar.

El debate de la izquierda en América Latina^{13*}

América Latina y el Caribe son hoy el escenario de un intenso y frecuentemente acalorado debate sobre las estrategias que la izquierda debe adoptar para alcanzar el poder. En otro momento, en la época de las dictaduras militares latinoamericanas y caribeñas, que abarcó casi todo el siglo XX, el debate principal en el seno de la izquierda revolucionaria fue alrededor de: vía armada o vía pacífica electoral.

El gobierno de Estados Unidos simplemente no estaba dispuesto a aceptar el ascenso de la izquierda a los gobiernos por vía electoral. El Chile democrático, con ejército «profesional y obediente de la autoridad civil», fue enterrado por el golpe militar encabezado por Pinochet, el asesinato del presidente Salvador Allende y la matanza generalizada que sobrevino al 11 de septiembre de 1973. Después, los militares aplastaron la democracia uruguaya, la «Suiza de América»; los militares argentinos instauraron una de las más cruentas dictaduras sufridas en ese país. En Brasil, los militares volvieron aún más asfixiante el régimen que habían instaurado a inicios de la década de los sesenta.

El derrumbe del socialismo soviético, la entrada en el mundo unipolar y en el capitalismo neoliberal volvieron innecesarias para los Estados Unidos las dictaduras militares, ya desgastadas por las luchas políticas y armadas de nuestros pueblos y riesgosas para la estabilidad de la dominación imperial, como lo habían demostrado en su momento la Revolución Cubana y la Revolución Sandinista.

Washington hizo entonces un giro de su estrategia en América Latina y el Caribe, hacia la promoción de gobier-

13 *Intervención realizada en el X Encuentro del Foro de São Paulo, realizado en Managua, Nicaragua, los días 17 y 18 de julio de 2004.

nos civiles surgidos de elecciones «democráticas». No buscaba favorecer el ascenso revolucionario a los gobiernos, sino sustituir una forma de dominación que se había vuelto riesgosa por otra más segura, para la implantación del capitalismo neoliberal, su globalización y su hegemonía-militar.

Este giro inauguró arrebatándole el poder a la Revolución Sandinista por vía electoral y favoreciendo la solución política negociada del conflicto armado salvadoreño, después de la gran ofensiva militar del FMLN en noviembre y diciembre del año 1989. Chile, Uruguay, Brasil, Perú, Bolivia y Argentina, fueron también escenarios de la resistencia popular, incluso armada, contra las dictaduras militares que desembocaron en salidas electorales.

El debate en la izquierda sobre vía armada o vía pacífica electoral entró en receso. ¿Volverá a surgir en el futuro? En verdad no puede descartarse.

Los procesos electorales se convirtieron en una prioridad para la izquierda en nuestro subcontinente, casi impuesta por la desaparición de la bipolaridad geopolítica, en cuyo contexto triunfaron tantas revoluciones y muchas pudieron consolidarse. En América Latina, la Revolución Cubana es el ejemplo primero y clásico. En el contexto de la bipolaridad se liberaron también del colonialismo muchos pueblos en Asia y África.

El debate en la izquierda latinoamericana y caribeña se desplazó a la búsqueda de respuestas a interrogantes como las siguientes:

1. *¿Podrían realmente los procesos electorales, en medio de la unipolaridad, constituirse en una vía para el acceso a los gobiernos de las fuerzas revolucionarias?*
2. *Más aún... ¿Podrían las elecciones llegar a ser una vía para la conquista del poder y no solo de los gobiernos?*
3. *¿Las victorias electorales de la izquierda podrían excluir la posibilidad de ser revertidas por los tradicionales cuartelazos de jefes militares sumisos al imperio y a las oligarquías? Y muchas otras más por el estilo.*

Surgieron las respuestas contradictorias o matizadas. En Colombia, por ejemplo, continuó y creció la lucha armada, combinándose en ocasiones con alianzas y luchas electorales. En Perú surgió y se desarrolló por varios años la lucha armada.

Por su parte, una pequeña minoría de la izquierda latinoamericana y caribeña se mantuvo al margen de la participación electoral y continuó rechazándola como vía para el ascenso revolucionario al poder, sin practicar tampoco otras vías.

La parte mayoritaria se incorporó a los procesos electorales a partir de estrategias diferenciadas y divergentes.

Para algunos de estos últimos, las elecciones pueden ser vía de la izquierda hacia el poder si esta se «modera», se «moderniza», si es «realista» y se convierte en un proyecto «viable», tolerable para el imperio, para el gran capital oligárquico y para los militares reaccionarios, y si además es capaz de entusiasmar a las mayorías ciudadanas para cosechar sus votos. A menudo, un componente de esta receta es el anticomunismo y la toma de distancia de la Revolución Cubana y ahora, aunque más tímidamente, respecto al proceso revolucionario bolivariano en Venezuela. Se plantean, asimismo, la no ruptura con el modelo del capitalismo neoliberal y su Fondo Monetario Internacional, o hablan de postergarla o gradualizarla.

En ciertos casos estas recetas incluyen la postulación al cargo presidencial de personajes «potables» cooptados de fuera de la izquierda. Un caso extremo de esta fórmula fue el del FREPASO argentino, que obtuvo una clara victoria electoral, pero instaló un gobierno, encabezado por Fernando de la Rúa, que profundizó el modelo neoliberal heredado de Menem, lanzó a la miseria a una vasta proporción de la sociedad y fue derrocado por las más grandes e intensas movilizaciones populares. Esta parte de la izquierda suele también distanciarse de las luchas sociales de los sectores golpeados por el modelo neoliberal y que buscan salidas alternativas a las crisis que los abaten. Los argumentos que frecuentemente se escuchan, para justi-

ficar ese distanciamiento, es que la movilización social y popular perjudica las posibilidades electorales, pues se asusta a los votos moderados.

Mientras tanto, otra parte de la izquierda se ha planteado ascender a los gobiernos por vía electoral para cambiar el sistema del capitalismo neoliberal y consumir verdaderas revoluciones democráticas, ganando para ello el entusiasmo, la participación, la acción organizada y decidida de la mayoría del pueblo, concertando amplias, multclasistas y multisectoriales, alianzas antineoliberales, nacional e internacionalmente, disputándole la influencia sobre los militares al imperio y la oligarquía financiero-mediática. Es una estrategia que se articula en torno a la realización de un programa claro y consistente de cambios estructurales, en lo económico, social y político.

Este es el caso de la Revolución Bolivariana liderada por Hugo Chávez Frías, que ha surgido y avanzado a través de reiterados procesos electorales y grandes enfrentamientos victoriosos con la contrarrevolución apoyada por las transnacionales y el gobierno de Estados Unidos.

Para esta parte de la izquierda los procesos electorales son una gran oportunidad para la comunicación de las propuestas revolucionarias a la gente, y un gran escenario para la lucha de ideas contra el capitalismo neoliberal y por una sociedad justa. Son, a la vez, un gran instrumento de movilización y organización del pueblo, y de consolidación de las alianzas antineoliberales, fuente de acumulación de fuerzas y de construcción del poder popular, enrumados hacia el cambio de la correlación y hacia la revolución.

Ese es el gran debate que está planteado hoy en el seno de la izquierda. El FMLN en El Salvador no es la excepción. Al igual que en otras experiencias latinoamericanas la derecha y sus medios no disimulan sus simpatías. En el fondo, como lo han señalado algunos de sus ideólogos más connotados, comparten el propósito de debilitar y hasta destruir el proyecto revolucionario, que ha probado ser una real amenaza para su modelo de dominación.

“América Latina y el Caribe son hoy el escenario de un intenso y frecuentemente acalorado debate sobre las estrategias que la izquierda debe adoptar para alcanzar el poder. En otro momento, en la época de las dictaduras militares latinoamericanas y caribeñas, que abarcó casi todo el siglo XX, el debate principal en el seno de la izquierda revolucionaria fue alrededor de: vía armada o vía pacífica electoral.”

Schafik Hándal



INSTITUTO SCHAFIK HÁNDAL